

Beijing, 18 de Marzo de 2011

Como avanza hacia el futuro una sociedad que ya vive en él?...

Día 1 Viernes / *Impacto*

El Viernes 11 de Marzo a las 12:30 pm aterricé en Tokio en un vuelo desde Beijing. Un viaje que hago con frecuencia para reunirme con mi profesor en la Universidad de Waseda, visitar amigos y recordar una ciudad en la que viví seis años.

A las 2:30 pm llegue a Shinjuku, donde me disponía a hacer hora para juntarme con mi amigo después del trabajo. En la estación de trenes puse mi maleta en un casillero a monedas para andar más liviano, el ticket indicaba las 2:41pm. Salí por la salida este y cruce la calle bajo la pantalla gigante ALTA que mostraba los típicos grupos de chicas de la escena pop japonesa cantando y bailando con micro minifaldas. Todo normal en el barrio de Kabuki-Cho, los japoneses de pelo rubio intentando cazar algún cliente para sus bares o karaokes, una chica guapa a la que le querían sacar una foto, oficinistas, gente joven comprando, turistas con bolsas, la calle llena por ser el inicio del fin de semana. Todas las tiendas abiertas y una temperatura agradable de comienzos de primavera. Me metí en una mini tienda de libros ubicada en las estrechas calles peatonales, todo apretado, apenas cabía en los pasillos y costaba revisar los últimos libros a la venta. Cuando pensaba subir a la segunda planta comenzó lo impensado.

Gracias a que soy un paranoico de los temblores, note por el rabillo del ojo una ligera vibración en los libros, lo que me empujo como un resorte hacia la calle en línea recta y sin pensarlo. Yo ya sentía el temblor en el suelo pero la gente parecía no inmutarse. Inmediatamente pensé que sería otra de mis exageraciones y que luego del ridículo y exagerado susto tendría que disimular y volver a entrar a la tienda como si nada hubiera pasado, pero no, la tierra seguía moviéndose y cada vez más, mis peores temores se hacían realidad, por primera vez estaba metido en algo grande. Luego de aproximadamente un minuto ya todos los que me rodeaban mostraban en sus rostros el pánico de algo totalmente fuera de lo normal. Intenté avanzar cautelosamente, mirando hacia arriba dada la cercanía de los edificios, quería llegar a la avenida ancha, con bandejón central, quería alejarme lo más posible de los edificios, buscar el claro más despejado posible, pero no lograba avanzar. Sólo me mantenía en pie como surfeando en olas de concreto, el asfalto de la calle parecía gelatina y todos trataban de alejarse algunos centímetros de los árboles, los postes de luz, kioscos, bancos, cámaras, ya que todo se movía como una ciudad de juguete. Cercano ya a los dos minutos el ruido comenzaba a ser atemorizante, los edificios se tocaban ligeramente entre sí y los vidrios parecían desencajarse de sus marcos, todo sonaba, un ruido ronco.... a los pocos segundos paró, paró y la gente corrió despavorida, como si Godzilla anduviera suelto en la ciudad, era lo más parecido a una película y mientras corría aumentaba mi certeza de que estaba presenciando algo histórico. Todos llegamos al bandejón central, todos como iguales, los japoneses de pelo rubio, las jóvenes, los oficinistas, los turistas, las señoras a medio vestir y con zapatos en mano que habían salido huyendo de una casa de masajes, las masajistas, los mozos de una cadena de restaurantes, los cocineros, en fin toda la fauna de Shinjuku, Kabuki-Cho, aglomerada en el bandejón central de la avenida ancha. Por supuesto yo miraba a los edificios y sabía que aun había cientos de miles de personas adentro, sobre todo en los rascacielos de Nishi-Shinjuku que se veían como telón de fondo.

Tokio, la ciudad de acero, la bandeja de edificios cual canapés surtidos tambaleándose. Nadie quería volver al interior, la gente choqueada miraba sus teléfonos celulares en busca de noticias, intentando llamar sin éxito. Muchos otros registraban lo que veían en videos o fotos. Todos tenían razón, había que seguir ahí al medio de la calle, ya que la tierra volvió a moverse...esta vez mi panorama era amplio, lograba divisar los edificios inmediatos y los más lejanos, las líneas de tren elevado, grandes hoteles y centros comerciales. El segundo temblor fue aún más fuerte, y si el primero nos había golpeado éste nos hizo pensar que la tierra se hundiría con todos. Existen 15 líneas de tren subterráneo justo bajo mis pies, tenía claro que lo que tomaba por suelo no era más que un techo... esperaba que resistiera. Los rascacielos se mecían con violencia 3m a la derecha, 3 a la izquierda, Yamanote line -la línea de tren elevado que rodea Tokio- ondulaba como una serpiente metálica cercana al colapso, el semáforo a mi lado parecía querer salirse de su base, los autos parados en seco, alarmas y alguna gente gritaba, incluso desde dentro de los edificios...nunca había visto Tokio así, era surrealista y confuso. Al minuto la ciudad seguía en pie lo que le dio tiempo a la gente a evacuar definitivamente los edificios e iniciar una caminata sin rumbo. Las tiendas cerraron, todo el servicio de transporte público paró, los teléfonos no funcionaron.

Decidí caminar hacia el parque Shinjuku Gyoen, único lugar seguro porque el suelo es suelo y no hay nada encima de tu cabeza ni cerca, sólo un gran claro de pasto. Al llegar me di cuenta que otros habían tenido la misma idea, mejor dicho el sitio era un lugar oficial de evacuación. Pronto me vi rodeado de grupos organizados por empresas y lugares de trabajo, todos con cascos de construcción y una especie de líder. La gente llegaba y llegaba, hacia frío y pronto empezó a llover, no podía ser peor...una japonesa que estaba cerca me ofreció su paraguas pero lo rechacé, nos pusimos debajo de un gran árbol donde aún no llegaba la lluvia, no me agradaba la idea, prefería el cielo abierto pero no quise empaparme.

Al rato la lluvia cesó y la japonesa me dijo que los teléfonos públicos ya funcionaban, que fuéramos a llamar. Nos dirigimos a la entrada del parque, zona de cafeterías, información turística, baños públicos y otros servicios. Dos colas interminables enmarcaban los dos teléfonos disponibles. Pensé que esperaría horas, pero no, la gente amablemente hablaba máximo 2 minutos, pensando en los que esperaban sólo contactaban a su familiares, confirmaban que estaban bien, decían que llamarían de nuevo y cortaban, al colgar el teléfono le pedían perdón al que estaba esperando justo detrás de ellos y se iban, a donde se iban, no lo sé, a caminar sin rumbo me imagino. Antes de lo pensado ya estaba hablando con mi amigo neozelandés, el que bromeaba con el asunto y se lo tomaba con relax, me comentó que su trabajo había sido cancelado y que se dirigía a un bar que queda justo entre su casa y su oficina, quedamos de juntarnos ahí. Al cortar quise llamar a mi ex mujer Megumi pero me di cuenta que había hablado mas que todos los japoneses, quizá el doble, pedí perdón al que estaba detrás mío, me despedí de la japonesa que esperaba en la otra fila y salí del lugar.

Para llegar al bar donde estaba mi amigo tendría que caminar unas 3 horas calculé, por lo que decidí volver a la estación de trenes donde había dejado mi maleta 10 minutos antes que comenzara el desastre...casi la había olvidado. Mucha gente en la calle, pero nadie sonreía esta vez, todos caminaban con paso apurado hacia algún lugar. Los teléfonos públicos, antes usados solo por vagabundos o simplemente siempre vacíos, como exhibición en la calle de objetos de otro siglo, ahora tenían alta demanda y las colas se alargaban varias decenas de metros detrás de cada uno de estos objetos reliquia. El nerviosismo reinaba en el aire. Al pasar nuevamente bajo la pantalla ALTA de Shinjuku-Salida Este, las imágenes ya no mostraban adolescentes de la música pop, en su lugar se veía el mar arrasando pueblos enteros en el norte, cientos de tokiotas congelados delante de la pantalla no lo podían creer.

Una hora antes Japón se preparaba para comenzar un fin de semana más, ahora parecía el fin del mundo, ya no sólo era Tokio, la costa norte estaba desapareciendo. No quise seguir mirando las noticias porque me quedó claro que todo iba de mal en peor y al menos debería llegar a la casa de mi amigo e instalarme. Mal que mal había llegado a Japón tres horas antes, no había visto a nadie y tenía mi maleta en un casillero subterráneo. Baje las escaleras de la estación de trenes entre una multitud desorientada que esperaba la reposición del tren. Por los altavoces llamadas de alerta indicaban a la gente que saliera a la superficie que la estación cerraría y que los trenes no se repondrían durante el resto del día y la noche. Por supuesto la gente de Saitama, Yokohama, Chiba y alrededores, que viaja todos los días una hora y media en tren a Shinjuku para trabajar y volver tarde a sus casas no sabía dónde ir.

Al llegar a los casilleros no recordaba el numero del compartimiento donde había dejado mi equipaje, toque el sensor con la tarjeta SUICA y la puerta donde estaba se abrió automáticamente, por lo menos parte de la tecnología seguía en pie, pensé.

Inicié mi caminata hacia el bar de mi amigo con calma pero siempre alerta. Comenzaba a sentir el cansancio en el cuerpo después de más de una hora de tensión. Mientras caminaba veía la multitud de personas en procesión a pie hacia sus casas y pensaba que Tokio estaba retrocediendo en el tiempo, lo analógico comenzaba a superar a lo digital. A pesar de la situación la gente caminaba con resignación, sin pánico ni histeria, sin reclamos. Por supuesto ningún vandalismo, mucho menos saqueo en las tiendas medio abiertas y sin protección. La hiper civilización en shock tras un golpe sorpresivo pero aun en pie. A la hora y media de caminar decidí hacer otra cola para llamar a Megumi de un teléfono publico, no había conexión por lo que seguí otra hora hasta llegar al barrio de Roppongi en Minato ku. Ya estaba oscureciendo y no quería ni pensar en lo que estaba pasando en el norte. Tenía hambre pero las tiendas 24 horas tipo AM-PM estaban saturadas y no quise hacer más colas.

En el bar mi amigo me esperaba con una cerveza en la mano y un casco en la cabeza –exagerado, pensé-. Seguía bromeando y al ver un ambiente más tranquilo pensé que lo peor ya había pasado, que a pesar de las inundaciones del norte y la sacudida en Tokio, todo amanecería mejor al otro día, era lo que quería pensar, qué más podía hacer?

Cenamos en un restaurante informal atestado de gente que no pudo volver a sus casas, me preguntaba dónde estaba mi ex, cuando comenzó otro fuerte temblor. Mire a mi amigo y le dije ‘ya es suficiente, vamos a tu casa’.

Desde Skype logre contactar a Megumi quien luego de cinco horas a pie había logrado llegar a su casa. Me alegré y con alivio acordamos vernos al otro día en Shibuya. Envié correos a mi familia en Chile y sin darme cuenta me quedé dormido con el computador portátil sobre mí.

Día 2 Sabado / *Reencuentro*

Me desperté con el sonido del computador. Desde Skype me llamaban de TVN, -la televisión nacional de Chile-, de Canal13 -canal católico chileno- y de varios radios. Me sorprendió la velocidad de las noticias y la capacidad de contacto de los medios de comunicación. A pesar de que vivimos en la era de la información uno no se da cuenta de la no distancia hasta que grandes catástrofes conectan al mundo entero -comprendí de paso que ésta era una gran catástrofe-. Finalmente Canal13 me pidió una nota para un especial de prensa. Usando la cámara del i-Phone, me auto grabé mientras contestaba las preguntas de la periodista y salía al aire en vivo, en Chile las 5 de la tarde del día 11, en Tokio las 5 de la mañana del día siguiente. Las llamadas siguieron, y desde la ventana mostraba imágenes del amanecer en el barrio de Azabu Jyuban, la calle vacía, sin gente y un extraño silencio. Hablé con mi familia y me dirigí a Shibuya, el barrio más activo y animado en Tokio un sábado por la tarde. Miles de jóvenes salen a comprar, a almorzar, al cine, al karaoke, a los bares o simplemente a caminar por sus calles hacinadas de gente que casi no se puede caminar. Esta vez, día 12 de Marzo de 2011, no había nadie.

Tras el aspecto fantasmal apuré el paso porque iba atrasado. Justo al frente de -Apple Store Shibuya- tuve el último contacto con una radio chilena vía i-Phone. La tienda estaba cerrada pero el wi-fi seguía funcionando. En ese momento sólo comenté lo deshabitada que estaban las calles en el hipercentro de la ciudad, cosa nunca antes vista, conté que miles de personas habían tenido que dormir la noche anterior en sus oficinas y lugares de trabajo, pero que de a poco los servicios de transporte se estaban restableciendo y la ciudad aunque golpeada iba saliendo del shock. Mientras hablaba llegó Megumi, no corte la comunicación pero le tomé la mano y la abracé, fue espontáneo, me alegraba de verla, hay momentos en que lo humano se vuelve más importante. Que ironía, reunimos en esas circunstancias para firmar el divorcio. Dentro de una sociedad golpeada, dentro de una ciudad que amanecía vacía, era inevitable ver el lado romántico. Dentro de todo, dos personas se reencontraban en circunstancias excepcionales en el mismo ruidoso barrio de la primera vez tres años atrás, ahora desierto.

Después de almuerzo caminamos por el parque Yoyogi donde la atmósfera fantasmal era peor aún, una feria de comidas típicas regionales programada para ese día yacía abandonada. Toldos vacíos se mecían al viento y un letrero que decía 'cancelado'. Al llegar al centro del gigantesco parque, antes escenario de bandas de rock, pseudo cantantes que quieren ser famosas y se autopromueven con micrófono y parlantes, hippies, esotéricos, fascistas, la familia que imita a Elvis Presley, extranjeros perdidos en Tokio, futbolistas, mascotas, góticos, escolares, pseudo intelectuales, percusionistas, asados, cuervos, etc etc etc, ahora todo esfumado. En su lugar la fuente de agua apagada... ¿dónde estaba, que ciudad era ésta? ¿había sido tan fuerte el golpe?

En la noche nos despedimos en el tren de la línea Chuo, el único que seguía funcionando, yo me fui a visitar a mi amigo japonés Tomii que vive con su novia y dos amigos más en Nerima y Megumi volvió a su casa en Tokorozawa. La luz en todo Saitama se cortaría a las 12 de la noche para desviarla hacia el norte. Había un llamado al uso moderado de energía y combustible.

Qué agradable es reencontrarse con ex compañeros de estudios, la calidez a pesar de todo estaba más presente que nunca. Cocinamos, abrimos una botella de champagne y nos reunimos todos en una sola habitación, la luz y la calefacción apagadas en solidaridad con los del norte. En la televisión programas especiales en todos los canales seguían minuto a minuto la tragedia.

Fue entonces cuando comprendí la magnitud de la catástrofe. Casi 20.000 personas desaparecidas en la costa norte, la planta nuclear de Fukushima con serios problemas de funcionamiento tras la explosión de uno de sus reactores... ¿Existe algo peor que un terremoto de magnitud 9, que durante tres minutos hace pensar que todo lo estable va a desaparecer, un maremoto que con olas de 10 metros de alto barre ciudades enteras arrancando edificios de cuajo, mezclando trenes con autos y barcos en una amalgama de fierro y destrucción?....Sí, emergencia nuclear.

Las noticias daban la impresión de que el accidente de a poco se iba transformando en pesadilla, en una película de ciencia ficción que se va escribiendo sin control, nadie aseguraba nada, nadie daba datos precisos, pero algo era claro, no se podía bajar la guardia ni dormir pensando en que a pesar de los miles de muertos aun millones estábamos vivos, el drama estaba lejos de terminar.

En la pantalla un sonido automático alertaba de nuevos temblores y una cruz marcaba el epicentro en el mapa, luego la parte de Japón que sería golpeada se teñía de amarillo y una voz decía 'temblor grado 6, tiene tres segundos para ponerse en un lugar seguro alejado de objetos que puedan caer' Aparte de parecer una tortura al sistema nervioso no estoy muy seguro de qué servía tanta alerta, después de todo si te va a caer la casa encima en tres segundos, poco importa si estás debajo de una mesa o te pones un casco de la construcción pero en fin, a los japoneses les gustan las máquinas y con convicción me decían 'es automático, nadie controla la alarma', ésta se repetía cada 10 minutos, indicando epicentros en distintas partes del norte y centro, pensé que desde el día anterior la tierra no había parado de moverse un segundo.

Luego de ver que el peligro de fuga radioactiva aumentaba minuto a minuto y que la tierra no pararía de moverse ni el número de muertos aumentar, decidimos apagar el televisor y poner música, pero el agotamiento e inminente corte de luz dio por terminado el día.

Día 3 Domingo / Pánico

Amanecer del tercer día con un nuevo llamado por Skype desde Chile, TVN había enviado una periodista a la zona cero y necesitaban cierta asistencia a su llegada a Tokio. Al llamar lo que querían era que los acompañara a la región del epicentro y les consiguiera un auto en un viaje de tres días partiendo el lunes por la mañana. Me interesó la idea por la posibilidad de ayudar tanto a Chile como a Japón, la desinformación era muy grande y siempre es un aporte comunicar lo que se está viviendo en terreno, pero los días no coincidían. Desde mi llegada a Tokio tenía pasaje de vuelta el martes 15 de marzo. No podía perder el vuelo, varios asuntos me esperaban en Beijing y debía volver al trabajo. Les deseé suerte y les dije que intentaría buscar a alguien.

Otra llamada esta vez de mi padre, sumamente preocupado. Me decía que Japón estaba en portada de todos los diarios del mundo. Que el peligro nuclear ya se estaba comparando con el de Chernobyl en Ucrania donde miles de personas murieron víctimas de la radiación. Dentro de Japón las noticias sonaban distintas. Voces del gobierno y ejecutivos de TEPCO, la empresa eléctrica propietaria de la central de Fukushima I aseguraban que todo estaba bajo control. ¿A quién creer? Es sabido el sensacionalismo de la prensa y el negocio de los medios de comunicación, mientras más caos mejor, vender por sobre todas las cosas.

Por otro lado el oportunismo de las potencias occidentales para aparecer opinando sobre lo que se esta haciendo bien o mal en Asia, poniéndose ellos como modelo y ejemplo no me llamaba en absoluto la atención. Aun así los rumores frente a calamidades, peligros inminentes y apocalipsis comenzaban a esparcirse por la ciudad más rápido que el mismo tsunami.

Por momentos me imaginé atrapado en Tokio, con 20 millones de personas encerrados en sus casas o intentando huir. Los trenes parados, sin combustible, los aeropuertos cerrados. ¿Esto estaba de verdad ocurriendo? Mas parecía un capítulo de Dragon Ball Z. TEPCO me sonaba a CAPSULE Corporation, científicos por sobre el mismo gobierno tomándose el control de las pantallas e intentando calmar a la población mientras una especie de Freezer o Magin Boo confinado en un sarcófago de concreto intentaba salir. Los reactores comenzaban a explotar uno tras otro, la tercera potencia del mundo parecía incapaz de manejar la tecnología creada por ellos mismos, como si un robot portador del arma más destructiva estuviera fuera de control.

¿Qué ocurre con una sociedad que ha llegado a la cima? ¿Qué viene después de la cima, el descenso? ¿Qué pasa cuando los avances tecnológicos llegan a un punto en que un accidente puede liquidarnos a todos? Pareciera que Japón esta siendo víctima de su destino, de un misterioso círculo de vida y destrucción escrito de antemano cual novela de García Márquez. Siglos de guerra y encierro medieval precedieron al Japón colonial. Sangrientas campañas en China, Corea y Taiwan quedaran por siempre grabadas en la memoria de sus vecinos. Luego la guerra en casa, perderlo todo de un solo bombazo, el único nuclear en la historia de la humanidad, renacer de las cenizas hasta convertirse en una sociedad urbanizada e hipercivilizada, la primera economía del mundo y líder tecnológico indiscutido en menos de 30 años. Encabezando el futuro, en la punta de la flecha. Recién ahora el resto del mundo se está pareciendo al Japón de los 80. Treinta años adelante le están cobrando la cuenta. Así como alcanzaron el mayor de los logros están padeciendo el mayor de los males, y están, estoicamente mostrándonos a todos los peligros que se nos avecinan. ¿Por que en Japón el quinto peor terremoto registrado en la historia de la humanidad y dos desastres nucleares en menos de 100 años? Destrucción natural y humana. ¿Qué pasa en el mundo? El siglo comenzó con el ataque a Nueva York, la ex capital del globo, invasión a tres países árabes por parte de occidente, guerras que no respetan ni Año Nuevo, como la incursión en Gaza que dejo mas de 400 niños muertos como regalo de navidad, caída de los bancos y la economía mundial, muertes en África, dos de los 5 terremotos mas violentos registrados, desastres naturales en Oceanía y China y uno de los 3 accidentes nucleares que conoce el hombre. ¿Algo o alguien nos está queriendo decir algo? ¿Es posible que lo que está sufriendo Japón le sirva de algo a alguien? ¿Hasta qué punto podemos alterar la naturaleza sin autodestruirnos? ¿No será que violentar el átomo, la estructura básica de vida, es haber ido demasiado lejos? Una pequeña planta puede desvelar al planeta entero, ¿es posible imaginar el poder atómico activo en el mundo? Oculto en bases militares o disimulado en centrales energéticas. Ahora Chile quiere un par...¿para qué? Tenemos el cielo más limpio de la tierra en el norte, energía solar para regalar, agua en el sur y energía hidroeléctrica, bosques y madera. No hay que copiarlo todo, a veces el primer mundo nos muestra lo que no hay que hacer, lo que es importante y lo que no. ¿Para que quiere apurarse un país de 15 millones de habitantes al fin del mundo?

La lluvia de correos electrónicos me levantó de la cama. Herbert desde Berlín como buen alemán alertándome de la posible fusión del núcleo de los reactores, ni idea que quiere decir pero había que huir de Japón según él lo antes posible. Correos desde Italia y Centroamérica, mis compañeros de primaria en La Habana, otros tantos de Chile y China. Había que considerar toda la información, interna y externa sin dejar actuar al pánico. Mi padre cada vez más preocupado me ofreció adelantar el vuelo, comprar un pasaje para ese mismo día o el lunes en la mañana, obviamente la situación era alarmante pero ¿se podría esperar hasta el martes? Quedamos de monitorear los acontecimientos del día antes de tomar cualquier decisión.

La última llamada, mi madre, feliz de que estaba bien y decepcionada de que no me hubiera ido al epicentro con los de TVN. Que es algo que le debía a ambos países tan cercanos a mí, que en la vida hay que devolver la mano y estos son los momentos clave. En parte le encontré razón pero la idea de perder el vuelo y mi trabajo en Beijing fue más disuasivo.

Me despedí de Tomii y los otros con preocupación, no me agradaba la idea de que quedaran encerrados en Nerima quizá por cuanto tiempo. Yo en cambio debía salir, había algunos trámites pendientes con Megumi y tenía que volver a la casa de Dave mi amigo neozelandés, toda mi ropa y maleta estaban allá.

De vuelta a Shibuya la atmósfera era de nerviosismo. Se veían extranjeros con equipajes, autos cargados, las tiendas 24 horas AM-PM comenzaban a mostrar escasez de productos. Nadie sabía si creerle a la prensa extranjera o local, todos los japoneses con máscaras y los reactores fuera de control.

Los desplazados en la región de Sendai con hambre y frío, demasiadas cosas al mismo tiempo, la tragedia no daba tregua y evitar un cataclismo nuclear era la prioridad del momento. 50 trabajadores de TEPCO eran los únicos que luchaban por enfriar la central y controlar las llamas, arriesgando sus vidas por todos.

En la tarde los trenes pararon a las 4 pm y Megumi no pudo volver a su casa. Todo seguía empeorando, menos energía en Tokio, apagones programados, el transporte parado, las autoridades recomendaban no salir de sus casas. Nadie sabía si ir a trabajar al día siguiente o no. No era Japón, al menos no el Japón que conocían todos los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial. Jamás en 50 años se había interrumpido la energía eléctrica, todos los servicios que los tokiesitas daban por sentados comenzaron a escasear, ni el aire era fiable. Dura prueba para la ciudad perfecta.

A pesar de todo la gente optaba por no alarmarse, nadie quería comentar mucho el asunto por agotamiento e incertidumbre. Todos tratando de hacer una vida normal y distraerse, después de todo era domingo.

Decidimos meternos en uno de esos pequeños restaurantes de Azabu Jyuban, comida italiana y una atmósfera agradable. Por momentos quisimos olvidar lo que estaba pasando cual pesadilla que termina al despertar. Recordamos viejos tiempos y lo que habíamos hecho el último año, la situación estaba cargada de ironía pero también de humor. Esa cena de divorcio era la cena más rara de mi vida. Creo que el humor incluso en los peores momentos nos ayuda a trascender, a vencer el pánico y ayudar a los demás. Indica fortaleza y confianza en que todo irá bien aunque no se vea por dónde. Eso da cierta ventaja y un silencio donde escuchar al instinto siempre sabio y certero.

Al volver a la casa de Dave donde me alojaba me recibió un ambiente oscuro y silencioso, sin música ni video. Mi amigo ya no bromeaba, se le notaba pálido y preocupado indagando en su i-book todas las noticias globales, BBC, CNN, New York Times, mientras murmuraba 'it's getting worst, it's getting worst'. A los minutos se fue a acostar ya que al día siguiente era lunes y se supone que tenía que trabajar. Lo cierto es que nadie sabía que pasaría en las próximas horas.

Día 4 Lunes / *Huída*

Ya no se podía dormir entre las réplicas y la amenaza del aire. 'No salir de las casas, lavarse las manos y cara, no beber agua del grifo ni consumir vegetales ni frutas, cerrar las ventanas' anunciaban las noticias. ¿Había algo peor? Permanecer dentro de los inestables edificios era más seguro que el exterior.

Así y todo la gente fue a trabajar. Quitarle la programación y el trabajo a un japonés es como arrebatarle la vista y el olfato. Una sociedad que basó su desarrollo en la exactitud programada día a día para todo un año, en el abastecimiento minuto a minuto, en una compleja cadena productiva activa 24 horas y que fue capaz de desarticular la familia en pos del desarrollo individual ahora debía quedarse en casa. ¿En casa? ¿Esos microcubículos de 10m²? Mejor respirar la radiación. Tokio en sí mismo es el hogar de miles de individuos solos, desayuno en Starbucks, almuerzo en el ramen shop, siesta en la línea de tren Yamanote, juego en los casinos pachinko, cena en el Isakaya y una copa en el Hostess club. Esta era la peor crisis nacional desde el final de la guerra no por el terremoto, ni el tsunami, ni las muertes, ni siquiera por la radiación, sino porque todo por lo que el japonés había apostado estaba desapareciendo.

Concluimos con mi padre que se podía esperar hasta mi vuelo del martes, lo que me alivió un poco, no sabía cómo me despediría de Megumi ni de todos mis amigos y gente cercana, me angustiaba la idea de abandonarlos a todos.

Había esperado hasta el lunes para ir a mi Universidad, me preocupaba mi laboratorio y mi profesor. En el camino vi gente definitivamente huyendo. Autos cargados copando autopistas en dirección al sur, Osaka y Nagoya los principales destinos. Los trenes al aeropuerto de Narita habían sido cancelados, para controlar el éxodo me imagino. Es imposible evacuar a 20 millones de personas, si una nube radioactiva o una lluvia ácida llegara a Tokio en los próximos días lo mejor era rezar.

Waseda parecía un campo de batalla, en mi laboratorio todo en el suelo, computadores, libros, maquetas, cuadros, impresoras, casilleros de acero sobre escritorios, y el puesto de la secretaria había quedado enterrado bajo un sinnúmero de objetos. Dos alumnos de pregrado ordenaban el desastre cual soldados de infantería que intentan restablecer lo básico para la vuelta a la normalidad. Por supuesto ni Ota san ni Ishiyama ni Watanabe, no había nadie más. Al menos me enteré de que estaban todos bien.

Decidí volver a Shibuya, tenía que poner mi timbre en el papel de divorcio y Dave debía firmar como testigo esa noche. Almorcé con Megumi en un agradable restaurant cerca de su trabajo en Nishi Shinjuku. Ventanales gigantes de fierro forjado recordaban el art nouveau francés, una doble altura permitía una excelente vista al parque Shinjuku gyoen, la luz primaveral entraba en abundancia y lo bañaba todo. El menú perfectamente balanceado con bar abierto para bebidas sin alcohol y una pareja a mi lado que compartía una botella de cabernet sauvignon completaban un cuadro casi perfecto. El estilo y el buen gusto, la elegancia ante todo, los rituales urbanos, el orgullo japonés, la pausa en medio de la tormenta. Me acordé de los jardines de Kioto en equilibrio perfecto, recreación de un microcosmos sin tiempo. Me acordé de los templos, del olor a incienso, de las campanas para año nuevo, de la delicadeza del kimono y los zapatos de madera, de la madera sin pintar y los techos de cobre verde, del suelo y la terraza bajo el alero, de lo dorado brillando en las sombras, de la luz tamizada por los innumerables y frágiles paneles de arroz, de la vasija negra por fuera y roja por dentro para la sopa miso, la bebida más sencilla que existe en el mundo, me acordé de Kanako.

La verdad es que aparte de esos gratos momentos arrebatados al drama, no había mucho más que hacer. Salir a la calle deprimía, y el agotamiento se sentía en el cuerpo. Volvimos a Roppongi. Otro café, otra terraza, puse Gipsy Kings en el i-phone y empecé a imitar un flamenco ultra descoordinado, Megumi se reía y grababa el ridículo con su celular.

Al volver a la casa Dave ya estaba en estado de pánico. Hay que huir, todos los extranjeros en mi trabajo se han ido, mañana me largo a Nagoya en tren bala, '¡pero antes hay que abastecerse!' decía. Lo acompañamos al supermercado pero la imagen era chocante. No había nada, todos se habían vuelto locos comprando frente a una eventual cuarentena de días. Agua, arroz, pan, congelados, fideos instantáneos, vino, hasta jamón serrano. Lo único que seguía intacto era el helado de chocolate, no entendí por qué.

Compramos lo que pudimos incluido el helado de chocolate y volvimos a su casa. Dave de cabeza a la BBC, ya no hablaba, ni siquiera comió. Inconscientemente la atmósfera de funeral nos contagió a todos, esto del sálvese quien pueda solo hunde más el barco, pensé. Por suerte eran sólo los extranjeros los que estaban decidiendo escapar. Tiene su lógica por lo demás, familias aterradas por las noticias ordenaban a sus hijos volver. En cambio un amigo español, Jacobo, decidió quedarse. En una nota escribió, '¿cómo puedo abandonar a gente que no me abandonaría a mí?'. Con su novia originaria de Fukushima lograron contactar a sus familiares y ahora, pacientemente esperaban los desenlaces en familia en su casa en Tsukuba, a las afueras de Tokio. Los imaginé en un ambiente cálido y optando por la mejor solución frente a la crisis. El cataclismo es a su vez un filtro que identifica los grados de vínculo de una persona con un lugar, que devela la esencia de las cosas para ser leídas con claridad. Yo era un satélite, estaba de paso en una ciudad que había sido mi casa, pero en el lugar de Jacobo habría hecho lo mismo. ¡¡Y por supuesto ningún japonés pensaba en huir!!

Megumi comenzó a sentir la inminencia de la separación y sólo había pena en el aire. Ella se quedaría, yo debía partir en un vuelo al día siguiente, programado antes de que todo ocurriera, qué dura prueba al espíritu. Megumi, digna y sin miedo, sólo me decía que todo parecía una película, y a pesar de todo estaba feliz de que al menos yo pudiera salir de la pesadilla. Le dije que era bienvenida en Beijing si el peligro se hacía inminente y me respondió que jamás dejaría a su familia, mientras averiguaba en su celular la forma en que yo podía llegar al aeropuerto de Narita al día siguiente. No había trenes por lo que había que buscar una vía alternativa. Me inspiró respeto, japonesa 100%.

Día 5 Martes / Regreso

Casi sin dormir amaneció el quinto día. Sendos temblores y la total incertidumbre nublaban el día. Anuncios de lluvia y más explosiones en Fukushima I. Occidente anunciando el apocalipsis mientras los japoneses intentaban mantener la calma sin quejas. Cristianismo contra Budismo.

Totalmente agotados empacamos y nos fuimos. Era como si una turba nos hubiera pateado en el piso y hubiera dejado adolorido a todo Japón. El metro de Tokio aun funcionaba, lo que facilitó el acceso al terminal de buses, único medio que quedaba en operaciones hacia el aeropuerto. Fue una de las mañanas más tristes que recuerdo, Megumi me acompañó al terminal, tras un breve café hicimos una corta cola y me subí al bus, le dije que nos veríamos pronto pero la verdad no estaba seguro, nadie sabía nada. Yo me dirigía al Terminal 1 de Narita y ella llorando miraba tras el ventanal. Luego se puso su máscara y se sumó a la multitud en las escaleras mecánicas, todos con máscaras rumbo a sus casas... a esperar.

El bus alcanzó una empinada rampa y se elevó 20 metros sobre el suelo. En la vacía autopista parecía volar, la gasolina escaseaba y no había nadie en las calles. Mientras miles de edificios, puentes y torres de acero pasaban frente a mis ojos quise llorar. Siete años atravesaron mi mente, ésta ya no era mi casa pero no podía creer que todos mis recuerdos fueran de a poco volviéndose virtuales. Que el Tokio ante mí no era ya el Tokio en mi memoria y que toda la gente querida quedaba allí dentro enfrentando un futuro más incierto que nunca.

Llegué al aeropuerto 6 horas antes. Todas las aerolíneas chinas habían cancelado sus vuelos y sólo las norteamericanas seguían funcionando. Confirmando el oportunismo del mercado frente a la desgracia de otros, los pasajes habían subido 20 veces su valor y estaban agotados. A la espera de mi vuelo Delta DL59 pregunte si sería cancelado, me contestaron que nadie podía asegurar nada. En las pantallas TEPCO seguía con sus reportes en cadena, mientras nada parecía mejorar en Fukushima. Los 50 trabajadores a estas alturas héroes con trajes como de la NASA eran los únicos seres vivos dentro de un radio de 30km en torno a la planta. Huesos quebrados, quemaduras, altas dosis de radiación y los peores daños imaginables a la salud describían la realidad en la zona cero, el todo o nada para evitar lo peor.

Llame a Dave desde un teléfono público, me dijo que había abandonado su casa e iba huyendo rumbo a Nagoya, me pregunto como veía yo la situación y le dije que no tenía ni idea. Esa era la sensación en el aire, que ni el gobierno ni nadie sabía nada. Luego llame a Megumi, ya había llegado a su casa lo que me tranquilizó. Finalmente llame a la casa de mi primera novia Kanako, una familia que me acogió durante tres años. Me contestó la mamá, se alegró de oírme, no hablábamos desde hacia cuatro años, me dijo que estaban todos bien, que por favor me cuidara en China, pensé que los que tenían que cuidarse eran ellos. No me sorprendió su estoicismo, su abuelo había sido un samurai, lo llevaba en su sangre y Kanako también. Aceptar los designios sin reclamos, no importunar al otro y una vez tomada alguna decisión, no retroceder jamás. Qué nivel de conciencia colectiva, de paciencia y de orden. Los postulados del Sintoísmo se hacían más claros que nunca. Mientras la cultura occidental se aferra a la eternidad la oriental acepta la nada como el estado final, el vacío por sobre el lleno, el morir y el renacer. Yukio Mishima y el suicidio como un acto honorable y digno cuando no queda otra.

La tripulación hizo el último llamado a bordo. Miré por última vez las imágenes de la televisión y me senté en el avión. Por la ventana comenzaba a llover... ¿para qué había ido a Japón solo dos horas antes del peor cataclismo en su historia? ¿Era una prueba? ¿Una lección? El último gran mensaje de una cultura donde me eduque seis años, una cultura que ya es parte de mí, que se fundió con lo heredado y lo volvió más complejo.

En el despegue miré la tierra y pensé en su drama... lo que está ocurriendo ahí es real, no fue una película de ciencia ficción ni de animación, ocurre en una pequeña isla habitada por un pueblo complejo como lo es el futuro, una isla donde 130 millones de vidas luchan por su destino como una sinopsis del nuestro... cerré los ojos, en el i-Phone sonaba 'Mother' de Pink Floyd...

Madre, ¿crees que explotará la bomba?
Madre, ¿crees que les gustará la canción?
Madre, ¿crees que tratarán de quebrarme?
Madre, ¿debería construir un muro?

Madre, ¿debería postularme a presidente?
Madre, ¿debería confiar en el gobierno?
Madre, ¿me pondrán en la línea de fuego?
Es todo una pérdida de tiempo

Calma hijo, no llores
Tu madre hará que todas tus pesadillas se vuelvan realidad
Te traspasaré todos mis miedos
Te mantendré aquí bajo mis brazos
No te dejare volar pero podrás cantar
Te acogeré y abrigaré
Y por supuesto te ayudaré a construir el muro

Madre, ¿tú crees que ella está bien para mí?
Madre, ¿tú crees que ella sea peligrosa?
Madre, ¿me separará ella de tí?
¿Me romperá ella el corazón?

Calma hijo no llores
Tu madre observará todas tus novias
Y no dejaré que nadie oscuro y peligroso llegue a ti
Esperaré hasta que estés a salvo
Siempre sabré dónde estás
Te mantendré limpio y sano
Hijo, siempre serás mi bebé

Madre, ¿por qué tenía que ser todo tan grave?